



"Un sabor a perdido paraíso"

(San Telmo 1897-1936)



José Luis Sáenz



Sáenz, José Luis

Un sabor a perdido paraíso (San Telmo, 1897-1936). - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2014.
208 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-06-7

1. Narrativa Argentina.
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
ABRIL 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo
Contacto con el autor: joselsaenz@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

José Luis Sáenz

**“UN SABOR A
PERDIDO PARAÍSO”**

(San Telmo, 1897-1936)

-NOVELA-

T O R R E D E B A B E L
ediciones ruinas circulares

PRIMERA PARTE

I

Según la escritura primitiva, fue en 1897 que “Aristide Rondelli, de ocupación albañil, estado civil soltero, oriundo de Salerno, Reino de Italia”, adquirió la propiedad de la calle Cochabamba 529 entre las de Perú y Bolívar, allá por donde San Telmo se dispersaba hacia el Parque de Lezama.

Unos veinticinco años atrás, el barrio había sido castigado por la fiebre amarilla más que ningún otro de Buenos Aires. Muchas familias habían sido diezmadas, y otras habían huido a refugiarse al norte de la ciudad, quizás sin tanta peste. Así habían quedado muchas casas deshabitadas, como esa que compraba Aristide Rondelli.

El precio era muy bajo; a lo sumo pagaba el terreno, “de diez varas por cincuenta y tres con martillo a favor”. La casona ya llevaba medio siglo de existencia, tapando con patios y piezas su parcela de pampa cerca del río. El abandono se había encaramado a sus paredes, socavadas y descascaradas por la humedad. También los techos tenían goteras por todos los rincones, y en los patios se pudrían las maderas de los aleros, mientras por las grietas de las medianeras los yuyos se incrustaban en el adobe. En suma, la casa sólo servía para la demolición.

Pero el comprador era albañil, y estaba dispuesto a invertir todos los domingos necesarios para recuperarla. Por eso, Aristide - o Tito, como le decían su patrón y los clientes - arrinconó sus cosas en una piecita del patio del fondo que le podría servir de vivienda, y el resto lo dejó libre para desplegar la obra que lo aguardaba. A fin de cuentas, aún con goteras y humedades, esa piecita sería un lujo para él, habituado desde su llegada a la Argentina a vivir de manera provisoria siempre, como sereno de las sucesivas obras en las que trabajaba, muchas veces en alguna casilla de herramientas tan baja que aún agachándose chocaba con el techo.

Con aquellos cinco años de ahorro en alojamiento y otros rubros, sumados a sus jornales y horas extras, Tito había logrado juntar sus primeros pesos argentinos, a costa de no necesitar nunca nada, o no permitirse necesitar. Ahorraba hasta en su toscanito, que fumaba por mitades y de a uno por día, como único vicio. Callado hasta lo

huraño con sus compañeros, aunque sabía aceptar sus bromas. Pero eran bromas benévolas y hasta afectuosas, porque lo apreciaban de verlo tan sufrido en su esfuerzo como bien dispuesto a ayudar.

Sin proponérselo, había conseguido despertar también la simpatía y la confianza de su patrón, que se había convertido poco a poco en su protector. Don Ferdinando Cacciatore era un napolitano muy hábil para planear refacciones y tentar con ellas a sus clientes. Con su gesto ampuloso y señorial, rubricado por un suntuoso anillo, sabía sugerirles pisos de pino de tea, zaguanes con mayólicas, puertas canceles de cedro trabajado, frentes con rejas y muchas molduras. Pero eso sí, el trabajo manual quedaba a cargo de sus peones, para no estropear sus manos y sobre todo sus uñas, porque él era gran aficionado a la mandolina, y miembro directivo del "Primo Circolo Mandolinistico Italiano".

Precisamente, él había sido quien aconsejara a Tito que invirtiese sus ahorros en aquella casona, cuyo precio era un regalo que jamás se volvería a repetir. Rondelli había acatado su consejo con la misma docilidad con que recibía las órdenes. Por otra parte, para favorecer a su obrero de más confianza, Don Ferdinando le había facilitado la operación como garante de la hipoteca, además de prestarle el dinero que le faltaba, para descontárselo mensualmente de sus salarios de manera que casi no lo llegaría a sentir.

De ese modo, Tito Rondelli se convirtió en propietario. Ya instalado en su piecita, el resto de la propiedad entró en un plan de obras impreciso y desordenado, sin plazos fijos ni horarios, supeditado al volumen de trabajo que tuviese afuera, y a los pesos disponibles para los materiales, una vez alcanzada la cifra mensual de la hipoteca.

En Salerno, Tito no había sido albañil sino que había trabajado la tierra como sus mayores. Vivía muy cerca del mar, en un valle encajonado tras la costa, entre viñas, olivos y frutales. Desde las laderas había visto cómo los pescadores se perdían con sus lanchas por las aguas azules de la bahía. Pero ellos siempre regresaban. Y en cambio había sido precisamente él, el de tierra adentro, quien se había internado en el mar para siempre y sin regreso, para dar el gran salto a América.

Al llegar a Buenos Aires, por consejo de un paisano que viajaba en el barco, había ido a pedirle trabajo a Don Ferdinando, que lo

derivaría hacia la albañilería y la ciudad, a pesar de que su plan primitivo hubiese sido el de irse al campo. ¿Pero acaso ser albañil no era también trabajar la tierra, abrirla con la pala, hincarle los propios cimientos, aferrarse con uñas y raíces, y alzarle encima una vivienda como un árbol, para abrazarla todavía con más fuerza?

Esto se preguntaba a menudo Tito, ya en posesión de su casa, en el silencio de las piezas vacías, entre el chapoteo empecinado de la mezcla con la cuchara, el chirriar del fondo del balde, y las caricias espesas del fratacho por los revoques nuevos. Todos los domingos solía levantarse tan temprano como los demás días, para abocarse de lleno a esa tarea interminable. Ni a misa iba, como en Italia. Total, el cura de San Telmo no se habría enterado de ese nuevo parroquiano, por más que él hubiese llegado con intención de instalarse para siempre. Ya habría tiempo para aparecer. Por ahora, a seguir trabajando con paciencia y sin prisa.

Claro que a veces la paciencia se encrespaba, y entonces el silencio de la casa era quebrado por las descargas furiosas de su masa contra el revoque o el adobe flojos que había descubierto, mientras parte del muro caía con una gran nube de polvo. Después Tito tenía que tranquilizarse, y remendar el muro, para esperar hasta el domingo siguiente a que seicara por fin, y él volviese a ser albañil de si mismo, luego de una semana de ser todos los días el albañil de los demás.

De ese modo, si antes de ser propietario había podido descansar como Dios mandaba al menos un día a la semana, ahora ni eso, porque el domingo era el día en que más trabajaba, al tener que hacerlo todo sin ayuda de sus compañeros.

Pero en cambio tenía otras satisfacciones, como la de sentir que estaba echando raíces por fin, y dejando de ser un pobre inmigrante evadido del buche oscuro de un barco. Al menos, los vecinos de la cuadra habían comenzado a reconocerlo y saludarlo al verlo pasar, lo que lo hacía sentirse muy bien.

Cuando Tito había comenzado con la refacción, Don Ferdinando había preferido no opinar sobre aquellos remiendos desparramados sin plan. Pero después, al ver que su protegido seguía tan desorientado como al principio, le aconsejó que subdividiera la casona en dos, con un pasillo al costado de la medianera, desde la calle hasta el segundo patio, para hacer un departamento independiente, y convertir en jardín el martillo del fondo. Así tendría dos casas: una para traer a

la familia de Italia, y la otra para casarse y hacer su propio hogar.

- Y eso sí, también te hacés traer la esposa de Italia, como hice yo.

Aunque este nuevo plan venía a prolongar la obra indefinidamente, Tito aceptó el consejo de su patrón, y se puso manos a la obra.

Pero lo que no le convencía era eso de traerse la novia de Italia, y menos elegirla por fotos. Al cruzar el mar, acodado en la borda del barco, a solas entre el agua y el cielo, había soñado con una muchacha, sin rostro aún, que lo esperaba a él y sólo a él, al fin de su camino. Entre el mar y aquel cielo sin límites, ella le pedía que llegara, porque lo estaba esperando. Que la buscara allá, porque había nacido para él. Y ella tenía que estar en América, hacia adelante, y no hacia atrás, en aquella Italia de la que se había tenido que ir para no volver nunca más.

En cambio, lo entusiasmaba la idea de hacerse un jardín en el fondo, para volver a sentirse campesino como antes. Había comprado una azada y un rastrillo, y comenzado a preparar su huerta con la pala que tenía para cavar cimientos. Era una tarea que lo atraía tanto como para descuidar a veces la otra, la de albañil de su casa.

Fue mientras hacía el hoyo para un limonero que encontró una moneda de cobre acuñada en Buenos Aires en 1823. La limpió y se la mostró orgulloso a un vecino, Don Manuel, que vivía en la vereda de enfrente. Le dijo que pensaba amurarla en algún revoque nuevo, como herradura de la buena suerte, brotada de la propia tierra.

- Me parece muy bien, amigo - le replicó el viejo - porque esa buena suerte le va a ser muy necesaria, eh.

Y Don Manuel le contó que precisamente en esa cuadra había empezado la peste amarilla. El se acordaba muy bien cómo habían comenzado a desalojar la manzana, a medida que iban sucumbiendo los vecinos. También había sido testigo de cómo muchos saqueaban las casas de los difuntos, con el pretexto de ir a quemar los muebles y las ropas para que no cundiese el contagio.

- A ustedes, los gringos, les venden cualquier buzón, porque no saben - había concluido el viejo, con algo de lástima - Pero yo ni loco haría mi hogar aquí. Esta cuadra tiene algo, se lo digo yo.

Tito quedó muy impresionado. ¿Justo en su propia tierra había tenido que pasar eso? Hasta llegó a soñar que su casa estaba llena

de muertos y apestados, que eran todos los de su familia de Italia, que se le iban muriendo, y a él le tocaba enterrarlos uno a uno allá en el fondo, mientras su huerta se le iba nutriendo con sus cadáveres.

Desilusionado, le contó sus temores al patrón.

Pero al oírlo, en vez de compadecerlo, Don Fernando se largó a reír:

- ¡Ma qué *iettatura!* Vos estás loco de tanto encierro. ¡Eso te pasa! Vení.

Y se lo llevó a comer unos pescaditos a La Boca, con un buen semillón. También le aconsejó que después se fuese a algún boliche del Paseo Colón, a divertirse con una mulata, porque estaba enfermo de soledad. En suma, no sólo podía vivir de esperanzas sino que había que distraerse durante el camino.

Ya en la sobremesa, Don Ferdinando trató de hacerle comprender los dichos de Don Manuel:

- Te quiso ahuyentar. En el fondo, no nos quieren. Los pobres, porque piensan que venimos a quitarles el trabajo y las oportunidades. Y los ricos, porque se creen que todos somos anarquistas o socialistas.

Tito siguió el consejo de su patrón, y cuando Don Manuel insistió con sus cuentos de pestes, saqueos y muerte, él siguió sembrando tranquilo;

- A mi no me interesa lo que pudo haber pasado sobre esta tierra sino lo que va a pasar ahora, y por eso siembro.

El viejo estaba retirado del correo, y para distraer su aburrimiento cruzaba y venía a hacerle compañía y verlo trabajar en la huerta. Fue él quien le aconsejó que plantara uva chinche, que era la única que se daba en el clima de Buenos Aires. También le preguntaba qué pensaba hacer con toda esa verdura que sembraba, él que era solo.

Pero Tito sonreía sin contestarle, y cuando llegó el momento de la cosecha, la pudo regalar no sólo a Don Manuel sino también a otros vecinos de la cuadra, para que comenzasen a considerarlo como un miembro respetable del barrio.

* * * * *

Uno de los beneficiados con la verdura de Tito había sido Pirucho, el zapatero de cerca de la esquina, que por encima de su banco de remendón enarbolaba una borrosa fotografía de juventud, donde aparecía muy gallardo en uniforme de soldado turco. Su esposa se llamaba también Pirucha, sin que nadie pudiese precisar quién de los dos le había contagiado el apodo al otro.

Pirucha daba bastante que hablar en la cuadra, y su mala fama le había llegado hasta a Tito, que no era el más informado de la vecindad. El asunto era que aquella mujer callejeaba mucho, con su taconear decidido y su ropa muy ceñida al cuerpo, su proa de senos prominentes, y una popa bien erguida y balanceada. Era muchos los hombres que iban personalmente a hacerse arreglar sus zapatos en vez de mandar a sus mujeres. Ya allí, con el pretexto de que eran composturas urgentes, se quedaban a esperarlas. Y Mientras Pirucho se sumergía en el trabajo con sus uñas renegridas y su cabeza gacha, Pirucha los atendía en la parte trasera del local, que era la vivienda, y estaba separada del negocio por una cortina siempre cerrada. Según se decía, allá atrás sucedía de todo, para escándalo de la cuadra, entre el tufo entremezclado de comidas y tinturas que emanaba de aquel antro.

Un domingo en que Tito había subido al techo liviano de ropa para arreglar alguna teja floja, Pirucha lo vio desde la calle, y lo llamó para pedirle que le viniese a tapar una gotera a ella, porque “Pirucho no se da maña para nada”.

Tito subió a la azotea del remendón, y allí la que se dio maña fue ella, para arrinconarlo en un boca a boca fugaz pero feroz. Tito quedó deslumbrado y sin aliento, pero aprovechó ese pago insólito por su arreglo. Claro que después, al bajar del techo, no pudo mirar de frente al turco manso. Pero ya a solas con su toscanito, se preguntó por qué tanto escrúpulo, si la tramposa era ella.

Así dieron comienzo a una relación sin demasiados prolegómenos, que no duraría mucho tiempo pero sería muy intensa.

El acuerdo consistía en que cuando Tito volvía del trabajo, ya casi de noche, Pirucha pasaba por su vereda, y si nadie la veía, se metía rápida en la casa, que habían convenido que estuviese sin llave. Ya adentro, Tito saciaba el fuego siempre insaciable de Pirucha, y

también el suyo. ¿Pero sería cierto que nadie la veía, tal como ella aseguraba, en una calle con tantos chismes como ventanas?

En sus encuentros no hablaban mucho. Tampoco tenían tiempo, porque ella siempre andaba a los apurones para que no se notase su ausencia. Tras arreglar la cita siguiente, regresaba a su "Pirucho del alma", tal como le decía. Y Tito quedaba desahogado pero tan solo como antes, pensando en la muchacha del mar.

Una de esas noches Pirucha lo invitó a cenar un pastel de esas verduras que él les regalaba. Y allá le tocó compartir la comida y la charla con los Piruchos, en una mesa con flores en medio del negocio, a un costado de las tinturas agrias del remendón.

Era todo un agasajo. Pero a él se le atragantaba el pastel. Veía a Pirucho, con su vista baja en el plato, como cuando martillaba zapatos sin darse por enterado del resto del mundo. No podía dejar de observarlo, con su camisa limpia pero sus uñas siempre negras, a prueba de cualquier jabón. Para colmo, descubrió que el zapatero tenía el dedo anular izquierdo encogido, quizás por algún martillazo con mala puntería.

Sintió vergüenza por aprovecharse de un inválido, y desprecio por Pirucha, que le metía los cuernos así. Se preguntó quién le podía asegurar que él fuese su único amante, mientras estaba trabajando. No; sin duda la muy chancha seguiría atendiendo clientes en la trastienda. ¡Rondelli Aristide era tan cornudo como el turco remendón!

Cuando volvió a estar con Pirucha a solas, y vio cómo ella se desvestía de apuro y sin melindres como siempre, no pudo resistir los celos y se lo planteó sin vueltas.

Pero la muy desfachatada se lo tomó a risa:

- Esto sí que estaría bueno. No me hace problemas Pirucho, que es mi marido legítimo, y me los venís a hacer vos. ¿O querés proponerme algo mejor?

Tito calló. Ya no eran celos lo que sentía; era miedo. ¡A ver si todavía Pirucha pretendía largar a su Pirucho para venirse con él! No, esa situación no podía seguir. Aunque por esa vez Tito dejó que siguiese. Total, Pirucha ya estaba sin ropa.

Pero uno de esos días se apareció Don Manuel, a decirle entre sentencioso y enigmático:

- Usted, mi amigo, es forastero y no sabe. Pero un vecino es un vecino, y eso es una ley sagrada, ¿me entiende? Cada casa es un mundo,

en cada casa ajena hay una vergüenza, y hay que saber respetarla, para que a uno también lo respeten, si quiere ser hombre de bien. Si no, no lo respetará nadie.

Tito lo observó atónito, y también agradecido. El barrio había dictado su sentencia moral: tendría que buscarse otra mujer que no fuese de un vecino. Sólo le restaba comunicarle el final a Pirucha.

Fue después de disfrutarla por última vez, cuando ella ya se estaba vistiendo para volver con su Pirucho. Por ocultar sus propios temores, Tito prefirió poner como excusa lo que le había dicho Don Manuel.

Orgullosa, ella escupió un despreciativo:

- ¡Viejo metido! - para luego contraatacar, altanera - Y si a vos te gusta que te venga a cortar los huevos, por mí, cortátelos. El que sale perdiendo sos vos.

Y se fue. Tito optó por encender su toscanito, el de hacer las digestiones. No le gustaba eso de que le hubiesen cortado los huevos. Pero, después de todo, el barrio no le prohibía tanto. Y era muy importante que Don Manuel y los demás lo considerasen un buen vecino. Pirucha no era la única mujer del barrio. Era cuestión de buscar.

Y claro que había más mujeres. Una de ellas, por ejemplo, era Julia, la hija menor de Don Manuel, que ya andaba por los veinticinco años, y seguía soltera. Claro que eso lo tenía sin cuidado al viejo Pereyra, que al haber enviudado dependía de esa única hija mujer para que lo atendiese. Total, para darle nietos estaban sus dos hijos mayores, varones y ya casados.

Aunque la tuviese cerca, Tito no se atrevía a pensar en Julia, porque ella era maestra, y Don Manuel solía proclamar con orgullo que no se la iba a dar al primer “pelagatos” que anduviese suelto por ahí. Además, el viejo estaba tan chapado a la antigua que aunque la hija se hubiese recibido, no quería que trabajase afuera de la casa, y la tenía enclaustrada con las tareas domésticas.

Tito estaba muy intimidado al verla, y sólo se comedía a un saludo respetuoso. Pero algún tiempo después sucedió que Don Ferdinando le anunció que un domingo a la tarde iba a actuar con su mandolina en el salón de los Bomberos Voluntarios de la Boca, y le regaló dos entradas.

Tito pensó entonces que ésa sería una buena ocasión para invitarla y tantear el terreno, por supuesto que con la venia de Don Manuel.

Sorprendentemente, Julia aceptó de inmediato la invitación. Pero un día antes del recital, ella fue a buscar a Tito a su casa y le confesó que en realidad quería salir con “una simpatía” que tenía,

pero que su padre no la dejaba, por lo que le pedía su ayuda.

El novio en cuestión trabajaba en la botica de Defensa, y sólo podían verse cuando ella iba a comprar algún remedio. Como podía ver, las ocasiones no eran tantas. Pero si Tito aceptaba, esa tarde el boticario podía estar esperándola allá en La Boca, para disponer del tiempo que durase el recital. Después Julia volvería a buscar a Tito, para regresar juntos a San Telmo como si no se hubieran separado en toda la tarde.

Aunque decepcionado, Tito aceptó. Total, no estaba enamorado. Asistió entonces solo al recital de su patrón, mientras ella se escapaba con el otro.

Todo salió bien. El problema fue que cuando llegó el fin de semana siguiente, Julia pretendió que él simulase de nuevo que la invitaba a salir, para repetir la escapada con su boticario. Entonces Tito no quiso arriesgar un disgusto con el viejo si se enteraba, por lo que fiel a las leyes de vecindad que le había enseñado el mismo Don Manuel, buscó alguna excusa para no repetir el juego.

* * * * *

Pasaría algún tiempo aún hasta que Tito tuviera otra relación femenina. Esta vez se trataba de Consuelo, una asturiana que le llevaba algunos años. La conoció haciendo sus compras en el Mercado de San Telmo, donde ella tenía un puesto de venta de aves por la entrada de Bolívar. Al igual que antes Pirucha, fue ella quien inició todo el juego.

Aunque no lo entusiasmara ni mucho menos, Consuelo ofrecía varias ventajas sobre Pirucha. Por empezar, era viuda, por lo que no tenían que engañar a nadie, o a lo sumo ser discretos con la hija adolescente, que siempre estaba atrás del puesto pelando pollos. Tampoco era vecina, ni siquiera del barrio, porque vivía por Estados Unidos y Tacuarí, en los fondos de la Concepción. Además, lo más importante, era muy celosa de su reputación, por lo que no dejaría traslucir nada sobre sus relaciones.

De ese modo, cuando Tito iba a verla al mercado, tenía que simular que venía a encargar mercadería. Luego, una vez que ella

cerraba el puesto y mandaba a su hija a casa, le llevaba el paquete con su encargo a domicilio. Así Tito inició una época en la que llegaría a comer más pollo que en todo el resto de su vida.

La asturiana era maniática del orden y la limpieza; le exigía que se afeitase y bañase antes de los encuentros, y hasta le inspeccionaba las uñas. Solía acariciarle con afecto sus ásperas palmas de albañil, y decirle:

- Callosas, fuertes, manos de trabajo, como las mías; eso está bien. Pero uñas de luto, eso sí que no. ¡A cepillarlas!

Tito obedecía sus demandas, porque sabía que después, en la cama, Consuelo lo obedecía a él, y aceptaba todo muy mansa y contenta.

Al principio, ella había creído que Tito no era el dueño de la casa sino tan sólo el sereno de una obra en construcción. Recién después de varias visitas se convenció de que estaba ante el auténtico propietario.

Al ver que el departamento de adelante ya estaba bastante avanzado, Consuelo le propuso que se lo alquilase, así él se quedaba en el departamento de atrás, y aunque no viviesen juntos, se podrían ver todos los días.

- Ya sabes cómo me esclaviza el mercado, y los domingos tengo que dedicárselos a mi hija. Si estuviésemos bajo el mismo techo, sería mucho mejor.

Para demostrarle todo lo que se perdía al no tenerla cerca, tras hacer el amor se dedicaba a lavarle y plancharle las mudas, o coserle botones y dobladillos.

-¿Ves, hombre de Dios, que lo que estás necesitando es que te atiendan?

Tito le respondía que sí, y la dejaba seguir lavando o cosiendo. Pero no hacía nada por acelerar las obras para que se instalara, porque la veía muy mandona, y tenía miedo de que después pretendiera manejarlo. Además, aunque Consuelo le satisficiera sus necesidades viriles, él no podía olvidar aquella muchacha soñada en alta mar, que decididamente no era la asturiana. Así Tito seguía las refacciones sin ningún apuro.

De ese modo la relación logró durar bastante tiempo sin sobresaltos, hasta fines de 1902. Las reglas de juego eran claras, y ninguno las iba a transgredir: Consuelo con su hija Soledad en los fondos de la Concepción, y Tito en su casa a medio hacer. Él nunca intentaría ni siquiera visitar aquel hogar que era el reino de Solita – como la madre solía llamar a la chica. Tampoco salían juntos, porque Consuelo le consagraba a la hija todo su tiempo libre, y tan sólo se permitía sus escapadas vespertinas a la calle Cochabamba a entregar el pollo ritual.

Pero entre tanto Solita se había ido transformando en una adolescente inquieta e inquietante. Alguna vez, al pasar por el mercado, Tito había visto que lo miraba fijo desde su rincón del puesto, como desafiándolo. Él sospechó que la chica se habría dado cuenta de su relación con la madre, y por eso lo odiaba.

Pero un domingo a la mañana golpearon a la puerta de Cochabamba 529. Cuando Tito fue a abrir, se encontró con Solita, sola y muy sonriente, que le decía que andaba casualmente por allí, y quería conocer su casa.

Confuso, Tito le preguntó cómo sabía su domicilio. Ella le respondió que muy simple: siguiéndola a su madre. Más cortado aún, le preguntó a qué venía.

- Ya te lo dije. A ver cómo vivís, y a hablar con vos yo también, pero sin que ella esté controlando todo, como siempre. ¿No te parece que ya soy una mujer?

Tito la observó. ¡Claro que le parecía, y cómo! ¡Pero no! ¿Y Consuelo? ¿En qué lío se iba a meter? Trató de esquivarse como pudo. Le mostró la casa, la huerta.

Pero Solita insistía en su juego. De repente le dijo:

- Vos y yo somos jóvenes, somos iguales. Podemos entendernos. Ella no.

También eso era verdad. Como que él sólo tenía treinta y dos años, y Solita era una muchachita fresca, tentadora. Pensó en la muchacha de alta mar. ¡Pero no y no! Esa tentación podía terminar en un desastre. Le dijo que no jugase con él.

- ¿Por qué no? Si es tan lindo jugar.

Aun luchando con su propio deseo, Tito le dijo que tenía que hacer, para comenzar a conducirla hacia la puerta. Antes de irse, Solita le hizo prometer que no le diría nada a su madre sobre su visita. Tras anunciarle que volvería, apoyó su cuerpo frágil en el de Tito, con picardía infantil le dio un beso en el nacimiento del labio, y salió corriendo sin mirar hacia atrás.

Tito se quedó mirando la puerta abierta. Estaba extasiado, pero asustado también.

Esa noche no pudo dormir. Al día siguiente, al atardecer, Consuelo vendría por Cochabamba. ¿Qué pasaría si Solita reaparecía justo cuando estaba acostado con la madre? O, al revés, ¿si llegaba Consuelo y se encontraba con la hija?

Decidió decirle a la madre que dejase de venir por unos días, que estaba muy ocupado con un trabajo urgente, y tenía que quedarse en la obra después de hora. Así podría esperar tranquilo la visita que la chica le había prometido.

Cuando Consuelo apareció por la casa, Tito llevó adelante su plan. Pero ella desconfió:

- No me engañes, hombre, que no nací ayer. Tú me escondes algo.

Tito optó por dar marcha atrás, y fueron a la cama. Pero allí descubrió que ya no deseaba a la madre. ¡Solita, Solita o nada! De todos modos logró disimular, para dejar a la asturiana satisfecha.

Consuelo se fue en un momento casi providencial, porque en cuanto salió, Solita llamó a la puerta. Al abrirle, Tito se quejó por su imprudencia.

-¿Imprudencia? Ninguna. Me quedé espiando en la esquina hasta que la vi salir. Total, mientras ella esté acá, no se da cuenta de que no estoy en casa.

Lo abrazó. Luego jugó a retarlo porque había dejado que su madre se quedase tanto tiempo. Que eso no volviese a suceder, porque él era suyo y sólo suyo.

Tito rió orgulloso de sus celos. Solita lo pellizcó con saña:

-Ella me desatiende por estar con vos, sinvergüenza. ¡Y vos le hacés el juego! Pero ahora yo estoy aquí para que la desatiendas a ella. ¿Comprendiste? ¡Ahora, la que manda soy yo! ¿Sí o no?

La chica chocaba su nariz con la suya en un juego que no podía resistir. Trató de besarla. Ella le acercó su blanco y suave cuello. En cuanto comenzó a besarla, Solita se desprendió diciéndole que no tenía tiempo, que tenía que llegar a casa antes que su madre. Pero que aunque se viniera el mundo abajo, volvería y sería de él.

A Tito le costó refrenarse, pero lo logró. Tras una andanada de besos por todo el rostro, la chica salió corriendo como la otra vez. Él quedó entusiasmado, y al mismo tiempo molesto por haber tenido que hacer el amor con la madre en vez de la hija. Pero también, al mismo tiempo, sentía que era un canalla, que a Consuelo le estaba haciendo una gran cochinado, que no se merecía.

Hasta dos días después Tito no vio ni a la madre ni a la hija. Al final la que reapareció fue Consuelo.

Pero esta vez la asturiana no era la de siempre. Era una madre desorientada, o vencida. Se echó a llorar; le contó que el otro día, al regresar a su casa, se había topado con Solita que llegaba muy agitada. Ella le había preguntado que de dónde venía, y la muy impertinente se había permitido responderle que antes empezase ella por decirle de donde venía sin hacerse la moralista, ¿o acaso pretendía seguir ocultándole que venía de estar con un hombre?

Indignada, Consuelo le había dado una bofetada. Entonces su hija le había gritado que ella también venía de estar con un hombre, y que se iría a vivir con él, porque estaba harta de una madre como ella, que hablaba de moral pero no la practicaba.

-Yo sé que debe ser verdad, que se está viendo con un hombre -razonaba- que él la debe estar adoctrinando, porque ya no es la misma. ¡Si pudiera saber quién es! Seguro que lo va a ver cuando yo vengo a verte. Por eso, no puedo venir más, tengo que vigilarla a toda hora.

Tito sintió que su rostro hervía de vergüenza, y Consuelo se daría cuenta.

Pero ella no estaba en condiciones de darse cuenta de nada. Decidió que tenía que irse ya mismo, y que ni siquiera sabía cuándo podría volver. Se despidió llorando.

En cuanto Tito vio la puerta cerrada, se sintió un gran canalla. Para colmo, estaba contentísimo de que la madre hubiera decidido no volver, así él estaría libre para recibir a la hija. Pensó que muy pronto Solita golpearía la puerta. ¿Y él, iba a rechazarla? ¡No!

En ese momento golpearon a la puerta; Tito corrió ansioso hacia allí.

Por supuesto, era Solita, que llegaba radiante, triunfal, divertidísima:

- ¡Ja, ja ! Esta vez sí que tuvo que hacer visita de médico; ni diez minutos se pudo quedar. Pero lo mismo voy a hacer la inspección, a ver si te portaste bien, o no.

Se dirigió a la habitación de Tito, a comprobar si la cama estaba en orden o la acababan de usar. Después se sentó allí, y le anunció que como le había sido fiel, ella estaba dispuesta a darle un premio.

Como en un sueño, Tito vio que Solita se acostaba y le abría unos brazos leves y resbaladizos cuando los quiso acariciar a través de su blusa. Ella lo dejó seguir resbalando por todo el cuerpo. Luego le fue dando poco a poco su boca, sus temblores y sorpresas, su cuerpo, sus ganas de ser suya. Y lo fue, mientras él ardía.

Ardieron ambos, hasta que a Tito no le quedó ninguna duda de que Solita había llegado hasta allí virgen, y que había querido que fuese el primer hombre de su vida. Eso lo conmovía más aún: ¿Podía pedir mayor prueba de amor? ¿Cómo no creer que al fin era la muchacha que lo estaba esperando en América?

Pero después tuvo que volver a la realidad; le preguntó si no le convenía irse, para no tener problemas con su madre, que ya debería estar en la casa.

- ¡Bah! Ya la vencí. Ya no te tiene más – respondió ella triunfal - Sos mío y sólo mío. Se volvió a quedar viuda. ¡Cómo me gustaría que se enterase!

Tito tembló. ¿Qué quería? ¿Decírselo? ¿Estaba loca?

- ¿Por qué no? Si va a tener que enterarse, lo mejor es que sea cuanto antes.

Tito se puso muy serio. Que se dejara de hacer cosas de chiquilina, porque él no le iba a permitir que lo usase de proyectil contra Consuelo. ¿O cómo iban a recomponer la situación, para que los dejara andar juntos?

- ¿Recomponer? ¿Vos te creés que te va a aceptar por yerno, después de todo lo que pasó entre Ustedes dos? – rió ella como si hubiera oído un chiste - Ni lo sueñes. Sos su amante, no te va a soltar. ¿O te creés que esta situación la vas a poder manejar vos?

Tito calló, como si hubiera comenzado a comprender. Entre tanto, la chica se había levantado y se vestía a prisa, mientras murmuraba casi para sí misma:

- Que sufra no más, que se aguante como tuve que sufrir y aguantarme yo. Ahora es mi turno, no el suyo. Que no intente atarme, porque le voy a tirar la puerta abajo, para hacer mi vida como yo quiero, como lo hizo ella antes.

Tito la oía alarmado. Tenía que intentar algo, antes de que la chica fuese a enfrentar a la madre y desencadenara la guerra.

-Bueno, por última vez, ¿me prometés que te vas a portar bien, y no vas a decirle nada de lo nuestro? ¿Sí o no? – le pidió con tono muy amenazante.

Solita se debió asustar, porque pareció retroceder, esbozando una sonrisa:

- Está bien, ogro, era un chiste y nada más. Te prometo que no le voy a decir nada, que voy a volver por aquí en cuanto pueda. ¿Estás contento así? - concluyó ella, con un beso de despedida, y antes que él reaccionara, ya había salido veloz a la calle.

Tito no quedó tranquilo ni mucho menos. Tenía toda la sensación de que estaba encima de un volcán, que podía estallar en cualquier momento. Pero también sentía que estaba loco por la chica; que la quería; ¡que la necesitaba!, y él estaba jugado, ya no podía apartarse.

Al día siguiente estaba en la obra tan nervioso y cabizbajo que hasta el mismo Don Ferdinando se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba.

Pero aunque Tito hubiese querido contarle todo y pedirle consejo, tuvo vergüenza y calló sus temores.

Ese mismo anochecer, cuando golpearon a la puerta, por más asustado que estaba, Tito se abalanzó a abrir, convencido de que podía ser Solita, que venía a cumplir su promesa, ¡y él era capaz de arriesgar todo con tal de hacerla suya una vez más!

En la puerta se encontró con Solita sonriente. Trató de serenarse: ¿Todo estaba bien, entonces? La hizo entrar; la abrazó; le preguntó por la madre. ¿Dónde había quedado? ¿En el mercado, en la casa? ¿Había logrado despistarla?

- No, seguramente viene detrás – respondió la chica, excitada y divertida – Hice lo posible para que me siguiera; me imagino que va a golpear la puerta en pocos minutos, en cuanto se reponga de la sorpresa de haberme visto entrar aquí.

- ¿Pero cómo hiciste eso? – estalló Tito - ¿Y ahora?

- ¡Ahora, la verdad! – rió ella, mientras sonaban unos golpes en la puerta.

Sobresaltado, Tito no atinaba a abrir. Estaba tenso, petrificado, mientras los golpes se repetían, acompañados por la voz tonante de Consuelo:

-¡Abre, abre la puerta o la tiro abajo, rufián, pervertidor de menores!

Solita parecía saborear los golpes, susurrando como en éxtasis:

- Dejala, dejala que siga golpeando un rato más. ¡Así me gusta!

Pero Consuelo no se tranquilizaba; el alboroto iba en aumento:

- ¡Abre, o voy a hacer que se entere todo el barrio! ¡Que vengan! ¡Que llamen a la policía! ¡Que te lleven a la cárcel! ¡Que te echen del país!

Tito pensó entonces que ya toda la cuadra estaría saliendo a la vereda, dispuesta a presenciar el gran escándalo, y que mejor sería abrirle para que se desahogase adentro, antes que también acudiera algún vigilante.

Abrió. Siempre a los gritos, la asturiana le dio un empujón para meterse en el zaguán. Tito la dejó pasar y cerró la puerta.

Al ver a su hija, Consuelo había dejado de gritar para abrazarse a ella en una crisis de llanto y ahogos histéricos.

Muy conmovido por ver llorar a ambas, Tito creyó que era el momento de anunciarle su voluntad de reparar todo casándose con Solita. Tomó coraje, y lo dijo.

Pero sin soltar a la madre, la chica le dijo despreciativa:

- ¿Y quién quiere casarse con vos? – y luego, a la madre - ¿Ves? ¿Ves lo que valía tu amante? ¡Ahí lo tenés! Pensar que por él me descuidaste a mí.

Tito observaba atónito cómo se abrazaban y besaban. Solita le decía en voz baja a la madre, como si no quisiera que él se enterase:

-Lo hice por vos, para abrirte los ojos, para que vieras las cosas como eran.

Despechada, Consuelo parecía ahora preocupada en vengarse de su amante:

-Un aprovechado... un delincuente... hay que ir a la comisaría, y denunciarlo.

Pero Solita, con voz grave, decidida, le dijo que no, que no iban a ir a la comisaría a armar un escándalo que las manchase ante todos, así que punto final: Tito en San Telmo, y ellas en la Concepción, de donde no tendrían que haber salido jamás.

- ¡Porque ahora, a casa, madre! A casa, que esto se acabó, y se acabó para las dos.

Luego se abrazó a Consuelo y le dijo con ternura que ellas estaban ahí, solas en el mundo, la una para la otra, sin nadie de familia, nadie en quien confiar; sólo en ellas. ¿Cómo iban a dejar que un hombre las separara? ¿Entendía por fin?

Ahí fue Tito el que comenzó a entenderlas. Hasta hubiera querido abrazarlas. Pero también comprendía que sus caminos se separaban, y nunca más podría estar con ellas, aunque gracias a él se hubieran vuelto a unir.

Que se fuesen. De todos modos, Solita no era la muchacha que lo esperaba en América. O no había podido ser. Demasiado miedo había traído del otro lado del mar.

* * * * *

Además del desengaño, Tito debió sobrellevar la vergüenza por el escándalo que Consuelo había hecho ante su casa. En los días siguientes, al andar por la calle, temía cruzarse con algún vecino. Si lo encontraba, bajaba la vista y sonreía con la mayor inocencia

posible, como pidiendo disculpas. Por suerte, Don Manuel estaba enfermo y no se dejaba ver, porque estaba seguro de que ya estaría al tanto del episodio, y no se privaría de echarle algún reto como si hubiese sido el inspector de la moral de la cuadra.

De todas formas, Tito tuvo que ir a hacerle una visita de cortesía. Pero el pobre Pereyra estaba muy mal, y no pudo prácticamente hablarle. Tan sólo lo miró con ojos inexpresivos como si ya se sintiera en la antesala de la muerte.

La que echó algún párrafo con él fue Julia, que le dio a entender que estaba enterada del lío, pero eso sí, sin culparlo, sino más bien dándole la razón.

- Esa es la suerte de ser hombre, usted es libre de hacer lo que quiera, hasta cosas malas - reflexionó la muchacha - En cambio, cuando una es mujer, y decente ¡ya lo ve! Hay que vivir en la casa y bien encerrada.

Tito comprendió que se refería a su romance secreto con el boticario. Dio por sobrentendida la próxima desaparición del padre, para replicarle que quizás pronto podría por fin concretar su largo noviazgo.

-Sí, tal vez. Pero ahora el problema serán mis hermanos mayores.

Julia concluyó en que lo envidiaba porque podía decidir su vida y andar con quien quisiera, sin reparar en que ahora él ya no podía andar más con Solita, por muy libre que fuera.

Tito siguió triste. A veces se decía que Don Manuel había tenido razón al avisarle que su casa estaba en un lugar apestado, y era inútil terminar de construirla porque allí jamás podría ser feliz. Hasta pensó en venderla tal como estaba, y llegó a pedirle consejo a su patrón.

- ¿Venderla? ¿Estás loco, después de todo el esfuerzo que hiciste?

- ¿Y para qué necesito yo una casa tan grande para mi solo?

-Ya te lo dije: para que te consigas una buena esposa y la llenes de hijos.

-¿Pero cómo la voy a conseguir? - fue su respuesta, con algo de queja.

- Todo a su tiempo. Vos empezá por terminar tu casa, vago.

Sin nada mejor que hacer, más por cumplir con su patrón que por sus propias ganas, Tito retomó esa construcción que ya llevaba más de cinco años de trámite.

Una vez más ya no hubo descanso semanal para él, y aunque como una obligación volvió a trabajar todos los domingos de la mañana a la

noche. Hasta le parecía que el esfuerzo y el trabajo continuo le hacían rebrotar esa esperanza que había estado a punto de desaparecer.

Sólo un domingo tuvo que interrumpir sus tareas, aunque no anduviera con mucho ánimo de fiestas, porque no podía dejar de asistir a la boda de Julia, que había tenido la deferencia de invitarlo.

Luego de la muerte de su padre, a la hija de Don Manuel le había costado bastante llegar a esa boda. Sobre todo había tenido que luchar con sus dos hermanos mayores, que le habían puesto la proa porque la preferían solterona y cocinera gratuita de las dos familias. Así habían estallado en burlas, cuando les había informado que su novio era Paco, el dependiente de la farmacia de la esquina.

Julia había comprendido que iba a ser muy difícil la convivencia de Paco con sus hermanos, jactancioso el uno, pendenciero el otro, e insoportables juntos. Hasta pensó en ir a vivir a otro lado, aunque legalmente le correspondiera el 33% de la casa paterna. Pero Paco no ganaba tanto. Había resuelto entonces ejercer como maestra para mejorar el presupuesto hasta que llegaran los hijos, e instalarse en su dormitorio de soltera, aunque en la casa estuviesen muy apretados entre hermanos, cuñadas y sobrinos.

Muy molestos por su decisión, los hermanos no habían aceptado que hiciera la fiesta en la casa paterna, con el pretexto del luto reciente. Pero Julia había resuelto hacer un almuerzo en el salón del “Centro Residentes Hijos del Ayuntamiento de Cambados” al que pertenecía Paco. Y allí estaba Tito, a un costado de la mesa de parientes y amigos, sin participar ni en las charlas ni en las risas del resto de los invitados.

A duras penas aguantó la música que retumbaba y aturdía en aquel salón cerrado, cuando Julia y Paco bailaron una muñeira al son de la gaita y el pandero, mientras los demás les hacían ronda y reían.

Ajeno a la alegría, todo aquello le resultaba un barullo insoportable, del que lo sacó la misma Julia, al recorrer la mesa con el novio para saludar a todos:

- ¿Y Usted, Tito, cuándo se va a decidir a darnos la sorpresa y casarse?

- Y... cuando consiga una novia – respondió él, cortado.

- Ah, la novia hay que saber encontrarla. Si no, que lo diga él – bromeó ella, señalando a Paco.

-Y hay que buscarla bien argentina – añadió el novio, alborozado.

Tito quedó más triste aún ante esa respuesta. Todavía al día siguiente, sentado en su huerta, seguía preguntándose cómo aquel gallego había

conseguido casarse, aunque ni siquiera tenía casa propia. Sin duda había tenido muy buena suerte, mientras que él tenía la *iettatura* encima, y era inútil que esperase a esa novia que el mar le había prometido!

Fue ahí que, al levantar la vista, vio en una rama del limonero cercano a un pájaro que andaba yendo y viniendo muy atareado, para hacer un nido con ramitas, musgo y barro de la lluvia reciente.

Tito quedó perplejo. ¿Ese pájaro quería anidar precisamente en el jardín de su casa? Entonces no estaba apestada o maldita, como el viejo Pereyra creía. Conmoverlo como si acabara de recibir una bendición, Tito se alejó en puntas de pie para no ahuyentar a aquel pajarito albañil como él. Después lo observó desde lejos, para no molestarlo.

Trató de ayudarlo, regándole la tierra, para ver cómo se apuraba a juntar el musgo embarrado antes que se secase. Después el pájaro saltaba y apisonaba el nido con pico y patas. Era bastante grande, de color pardo y buche anaranjado. Seguro que gorrión no era. Pero Tito no había vivido su infancia en Buenos Aires para saber los nombres de los diversos pájaros. Al día siguiente averiguó en la obra. Le dijeron que sería un zorzal.

Lo más curioso fue comprobar que una vez terminado el nido, el zorzal estuvo cerca de una semana sin ocuparlo. Finalmente una mañana Tito notó que ya se había instalado a empollar la hembra, con su cabecita temblorosa que apenas sobresalía entre las ramitas del nido. También vio que el machito venía a cubrir los huevos cuando ella salía a buscar su alimento. Así, mientras los veía turnarse para abrigar el nido, Tito pensó que esos zorzales querían decirle lo mismo que Don Ferdinando: primero, se hacía el nido; después vendría la hembra, y por último habría un hogar.

Retomó entonces la obra a todo entusiasmo, luego de observar cómo los zorzales descendían en el nido con algún gusanito en el pico, y luego salían a buscar más alimento para esos dos piquitos siempre abiertos e insaciables que esperaban entre las ramitas. Ahora sospechaba que lo que él quería no era tan sólo una compañera.

Cuando los zorzales echaron a volar a su cría, y dejaron el nido en busca del cielo, ya Tito se había encarrilado hacia los tramos finales de su obra, con todo el entusiasmo que había tenido al comienzo.

* * * * *



*“Busca el pulso batiente de la casa,
busca su detenido corazón...
busca el fuego de ayer en las alcobas...
y si puedes, rescata lo robado
por ese adusto gavilán del tiempo”.*

*Leopoldo Marechal
(“Elegía del Sur”)*

San Telmo, una parcela de pampa hacia el río,
un joven inmigrante que viene desde el mar,
a abrir la tierra, a aferrarla con uñas sin raíces,
a alzarle una casa firme como un árbol.
Una muchacha brotada en medio de la pampa,
a la vera de una laguna, para llegar hasta él,
y labrar juntos una familia. Hijos. Vida. Lucha.
Pero “un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos”.
Luego la locura, la quiebra, la desaparición,
en un mundo que se disuelve de a poco,
sin amor, sin refugio, sin nada.
Hasta quedar solo, elemental, como vino. Desnudo,
con las manos vacías. Y los brazos ya exhaustos.

